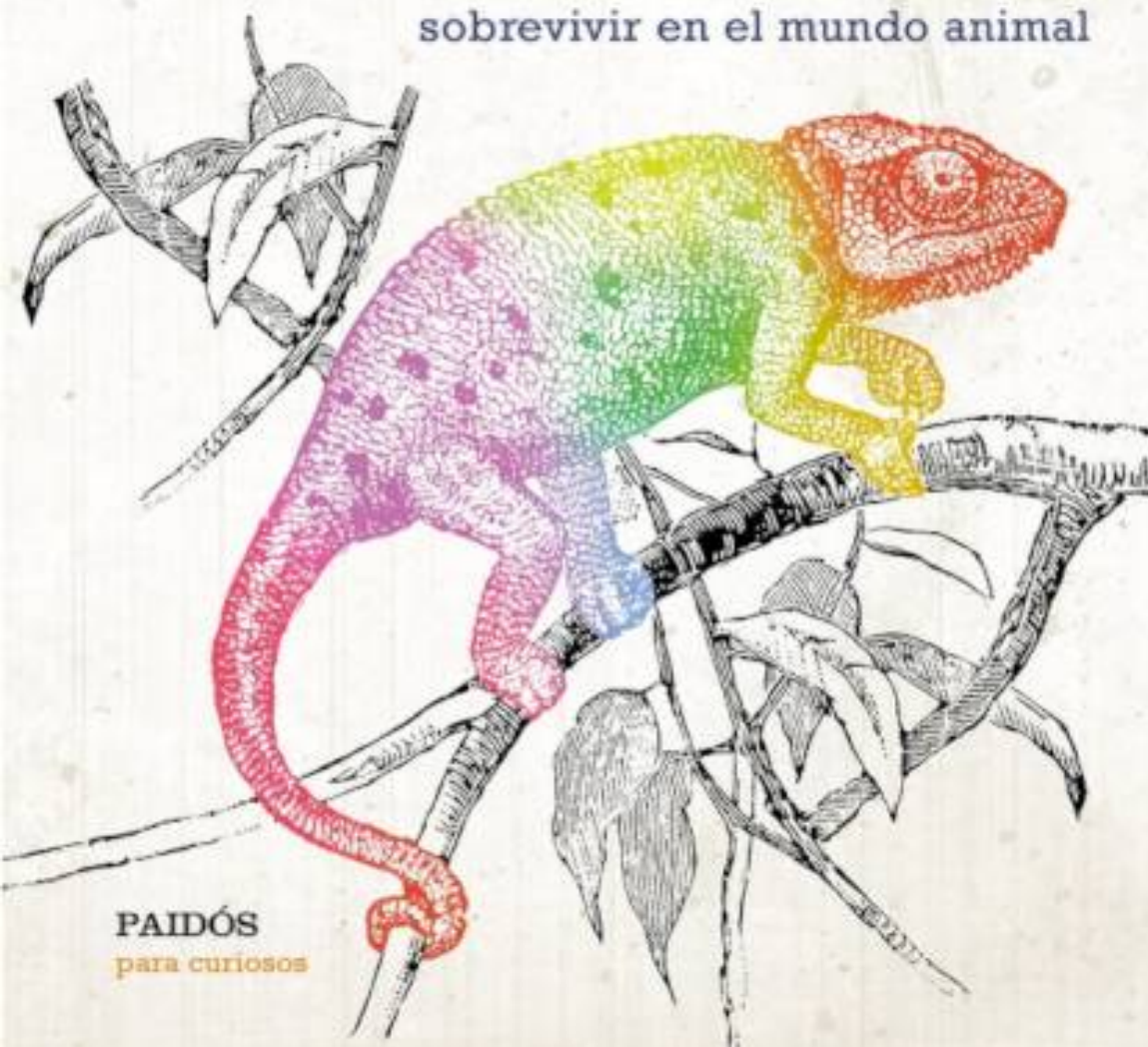


Evelyn Segura

Presentadora y asesora científica de *¡Qué animal!*, TVE

ADAPTARSE O MORIR

Los secretos de la naturaleza para
sobrevivir en el mundo animal



PAIDÓS
para curiosos

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

PREFACIO. UNA CARRERA A VIDA O MUERTE

INTRODUCCIÓN. HAY UN CICLO EN MI VIDA

PRIMERA PARTE. NACER

1. LOS MACHOS TAMBIÉN PUEDEN DAR A LUZ

2. TIERNA Y DURA PATERNIDAD

3. UN MUNDO SIN MACHOS

4. LA NOCHE DEL AMOR

5. CANIBALISMO ENTRE HERMANOS

6. ¡LEVA'NTATE Y CORRE!

SEGUNDA PARTE. CRECER

7. GIGANTES

8. LOS DESLENGUADOS CAMALEONES

9. ¿CÓMO VOY A SER DE MAYOR?

10. ¿VOLVERÁN LAS OSCURAS GOLONDRI-

NAS?

11. ARQUITECTURA ORGÁNICA

12. VISTO Y NO VISTO

TERCERA PARTE. REPRODUCIRSE

13. SEXO POR PLACER

14. MORIR POR AMOR

15. QUE GANE EL MEJOR

16. ¿MACHO O HEMBRA?

17. QUE TODO EL MUNDO LO SEPA

18. ¿FAMILIA NUMEROSA, O CON UNO BASTA?

CUARTA PARTE. MORIR

19. COMER LO QUE NADIE QUIERE

20. VIVIR ETERNAMENTE

21. SUICIDIOS EN MASA

22. LOS ANIMALES TAMBIÉN LLORAN A LOS
SUYOS

23. CUENTOS PARA NO DORMIR

24. LAS ESPECIES TAMBIÉN MUEREN

EPÍLOGO. UN FINAL INESPERADO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a con- tenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Nacer, crecer y reproducirse son tres de las etapas vitales por las que cualquier ser vivo debe transitar, para llegar dramáticamente a una cuarta: la muerte. A lo largo de este libro descubriremos como distintas especies han diseñado sus estrategias de supervivencia, a través de la selección natural y la evolución, para seguir jugando al ciclo de la vida.

Evelyn Segura

**ADAPTARSE
O MORIR**

Los secretos de la naturaleza
para sobrevivir en el mundo
animal

PAIDÓS

PREFACIO UNA CARRERA A VIDA O MUERTE

Llevo desde siempre preparándome para este momento. Y no puedo fallar. Es cuestión de vida o muerte.

Hasta ahora todo ha sido un auténtico caos. Un ir y venir sin orden ni destino aparente. Entrenando para esta carrera extrema con el único fin de alcanzar lo que se nos ha prometido como el santo grial.

Somos muchos en la línea de salida. Millones. Me atrevería a asegurar que más de 250 millones, aunque no logro verlos a todos. Nos hemos preparado muy intensamente para esta carrera sin regreso. Nadie se va a rendir aunque sabemos que solo hay lugar para un único ganador. Para el resto, aguarda la muerte.

Estamos tan apretados que cuesta respirar. Cada vez hace más calor, y el aliento húmedo de los que tengo a mis espaldas me pone nervioso. Intento relajarme cerrando los

ojos, y procuro inspirar algo de aire fresco estirando el cuello hacia arriba tanto como puedo.

Miro a mis adversarios, con los que he convivido hasta ahora, aunque apenas los conozco, y crece en mí un sentimiento que no había experimentado antes: la competitividad.

Siento que la multitud también está inquieta, y, de repente, todo se estremece. La temperatura aumenta de golpe y también la tensión. Un sonido ensordecedor nos indica que la carrera ha empezado.

Al instante somos empujados, con fuerza y en masa, a través de un pasillo largo, estrecho y tremendamente húmedo.

Ya no hay vuelta atrás.

Como un río cuando llega al mar, la corriente cesa de repente y poco a poco nos recomponemos del embate. Dispersos y algo desconcertados alzamos la vista y el silencio se rompe con contenidas exclamaciones de asombro y miedo. Hemos aparecido en un terreno montañoso, imponente y sobrecogedor. Aún aturcidos por la intensa salida de meta, empezamos a correr con todas nuestras fuerzas, pero las primeras bajas no tardan en producirse.

Cualquier carencia o una pobre preparación física pasan factura, y muchos ya quedan rezagados. Sé que no debo mirar atrás, solo correr y correr. No somos compañeros, sino competidores. Tengo muy claro que debo ser el más rápido y resistir hasta el final.

Es todo tan extraño...

A pesar de no saber dónde estoy ni conocer el camino,

por primera vez en mi vida estoy convencido de hacia dónde debo ir.

Corro con decisión y sin dudar.

Es realmente extraño...

Con cada paso, esta confianza va creciendo en mi interior, y el paisaje abrumador que veía al principio va tornándose familiar y previsible. Estoy emocionado, excitado y seguro de mis posibilidades.

Sigo corriendo y corriendo.

De repente, el aire se vuelve ácido. Siento que me queman la piel y los ojos; incluso me duele respirar. Veo cómo más corredores caen a mi alrededor y voy sorteándolos para no tropezar. Mi respirar empieza a parecerse a un jadeo forzado e intenso, mi pulso está tan acelerado que puedo oír los latidos de mi corazón con total claridad y siento mis músculos cansados y tensos por el gran esfuerzo. Pero nada debe detenerme. Se trata de vivir o morir.

Corro. Sigo corriendo.

El sudor que cubre mi piel parece neutralizar la acidez del aire, y mi cuerpo va ganando energía en lugar de agotarse por el sobreesfuerzo. Me siento bien y cada vez estoy más seguro de mí mismo. A lo lejos, ya puedo distinguir la pequeña abertura que me conducirá a la siguiente etapa. ¡Creo que lo voy a lograr!

Una colosal pared de piedra indica el final de la primera etapa. Los corredores nos amontonamos en su base y comprobamos, desconcertados y algo desalentados, que la zona de acceso a la siguiente fase se encuentra en lo alto de la empinada pared, fuera de nuestro alcance.

Un murmullo generalizado, con sollozos entremezclados, se extiende entre la multitud. Es evidente que el opti-

mismo con el que hemos llegado se va desvaneciendo para dar paso a un desaliento reforzado por el cansancio extremo. Pero yo me acabo de dar cuenta de algo más devastador: ¡somos muchos menos de los que empezamos la carrera! ¿Tantos han muerto ya? Sé que solo uno de nosotros lo logrará, uno de los 250 millones que empezamos, pero creo que hasta ahora no era plenamente consciente de ello. Sé que esto es solo el principio... Sé que no será fácil.

De pronto, los gritos del resto me hacen regresar de mis reflexiones numéricas y dirijo mi atención a lo alto de la pared. Unas pocas escaleras están descendiendo de la abertura. Golpes, estirones y empujones impiden acceder a ellas y subir con facilidad. Pronto nos damos cuenta de que no todas las escaleras son iguales. Algunas son demasiado cortas y otras no llevan a ningún lugar. La desesperación se apodera de los que eligen mal y otros caen —o se dejan caer— desde lo más alto, ya sin fuerzas ni ánimos. Solo espero haber elegido la escalera correcta...

¡Lo conseguí! Por un momento creí que correría la misma suerte que muchos de mis competidores... En cualquier caso, no hay tiempo que perder.

Una nueva etapa se presenta ante mí y el paisaje ha cambiado por completo. Ahora es un inmenso prado el que se extiende frente a nosotros. Es un ambiente tan plácido que hace sospechar lo peor. Algo me dice que no baje la guardia y sobre todo que debo seguir corriendo.

¡Espera! ¿Qué sucede? ¿Quiénes son esos?

¡Vienen de todas las direcciones! Pero ¿quiénes son? ¿Qué quieren de nosotros?

Esto no me gusta nada...

¡Nos atacan! ¡Es una emboscada!

Nos persiguen a gran velocidad y aparecen por todas partes. Nunca había corrido tan rápido, pero creo que tampoco había sentido la muerte tan de cerca.

No sé si voy a salir de esta...

Sigo corriendo y corriendo. No puedo perder ni un instante en comprobar si alguien me acecha o si ya estoy a salvo.

Tengo ganas de llorar, de rendirme, de gritar que no quiero seguir. Esta carrera, la gran carrera de mi vida, me está superando. Ese santo grial ha de merecer mucho la pena para dar la vida por él. Nunca nos entrenaron para cuestionar nada, para dudar ni hacer preguntas. Nos inculcaron unos valores de superación y sacrificio para un único fin: ganar la gran carrera. Pero esto se parece más a una batalla.

Desesperado por encontrar un refugio, cruzo una pequeña puerta aparecida de la nada con el deseo de llegar a un lugar seguro donde recuperar el aliento y normalizar mis pulsaciones. Con el riesgo de caer en una trampa, decido no dudar y me adentro en ella. Más corredores siguen mi ejemplo y nos vemos obligados a avanzar uno tras otro por el angosto pasillo al que nos ha conducido la desconcertante puerta. Pero no todos tenemos luz verde para seguir. A algunos se les cierra la puerta y se les bloquea el paso.

Por suerte, soy uno de los elegidos y respiro algo aliviado. Tan solo quedamos unos veinte.

Estoy agotado, mis ojos se cierran y pierdo el sentido...

¡Me he quedado dormido! He perdido la noción del tiempo y el espacio, pero me alegra saber que no soy el único. El resto sigue durmiendo, aunque no creo que por mucho más tiempo.

Estamos en un espacio sin muros visibles, de un blanco brillante y un olor dulce. El ambiente es tranquilo y agradable. Hay camas cubiertas con suaves sábanas blancas y una mesa repleta de comida con un aspecto de lo más apetecible. No me voy a resistir, debo reponer fuerzas si quiero continuar.

Este lugar tiene algo especial y me siento mejor que nunca, diría que hiperactivo. Más corredores se han incorporado al festín, pero nuestro descanso dura poco más.

Se oyen tambores y todo empieza a temblar. Parece que la carrera aún no ha terminado, pero el final está cerca. Lo presiento.

Reacciono de inmediato para avanzar tanto como pueda. Sé que puedo ganar. Debo ganar.

Corro y corro.

Sin saber muy bien por qué, me desprendo de la ropa y sigo corriendo desnudo, ligero, veloz, excitado. Me invade una felicidad que no puedo abarcar. Me siento libre, afortunado, embriagado y decidido.

Sigo corriendo... Y ahí está. La meta, la recompensa, la vida, la eternidad.

Y es mía.

